

Diario de un Matrimonio 6/7

Viernes 10 de octubre

Han hablado tanto del informe especial de nuestro caso que pensé que debía leerlo, por eso volví a las sucias oficinas y caminé por aquellos pasillos con cuidado de no rozar las paredes de cochambre lacrimógeno. Me deslicé entre víctimas y victimarios, escuchando sus eternas quejas sin resolver y poniendo la mía, sin quererlo, entre las suyas:

"Mi marido está en la cárcel y nadie me dice por qué"... "se metieron a mi casa cuando estábamos durmiendo"... "alguien debía llevar un arma en la mano porque una luz redonda y brillante salió de la entrada de mi dormitorio y llego hasta mi espalda"... "no me robé las tarjetas, yo sólo iba pasando por ahí"... "sus suegros me pagaron para darle un buen susto, por eso lo esperé esa noche"... "yo no hice nada"... "ella dijo que sí".... "nunca había visto esas armas"... "sí, se me fue un poco la mano"... "me tenía amenazada"...

Me deslicé entre el amplio muestrario de malas realidades y mala suerte hasta la oficina del jefe policíaco. La secretaria, como buena burócrata, ignoró mi prisa y necesidad. El despacho era una catástrofe en sí mismo, los documentos inundando el escritorio y escurriéndose por cada rincón, los periódicos atrasados superpuestos en una esquina confundiendo fechas desde hacía años. Las fotografías de consignados eran un álbum poco familiar en el que aparecían primero los asesinos, después los narcotraficantes y al final los ladrones del mini súper. Entre la marea de papeles emergía un cenicero, un volcán de colillas que descansaban ahí desde la primera vez que el jefe entró a la oficina. El camino al escritorio estaba marcado por costras de café en el piso que también manchaban papeles y distintos puntos del

escritorio. Era el rastro de una rutina que no obedecía horarios ni respetaba fines de semana o días festivos.

Nada había cambiado desde la primera vez que entré ahí, el desorden se había incrementado. Las paredes del cubículo maloliente estaban adornadas con diplomas y fotografías, en ellas se veía cómo el jefe se había corrompido lentamente, él y todo el sistema legal. En las primeras, erguido y sin mancha, joven y fornido, para acabar, unas más allá, con un abdomen abultado y gafas oscuras donde esconder su cínica prepotencia.

Respiré profundo antes de sumergirme en el expediente que de forma tan absurda me correspondía. Lo único que quería era leer lo que habían dicho los otros de mi caso, de Román, de lo que sucedió en casa dos meses atrás, encontrar un poco de calma en las respuestas, fueran de quien fueran.

El archivo estaba perdido en la maraña de papeles, la portada tenía manchas de lo que supuse serían café negro y Coca Cola, debajo de ellas se leía, con letras burocráticas, "Informe preliminar de la investigación 08/11/08/321/AMORR".

Lo primero que vi fue una foto mía en el piso, boca abajo, con la sangre esparciéndose por mi ropa como el mapa de un antiguo conquistador que va extendiendo sus dominios. Tenía el camisón levantado y mis piernas parecían dislocadas. Sentí un escalofrío, como cuando llegas a casa y está en completa oscuridad y te ataca el miedo. Tuve que respirar profundo de nuevo porque noté que una ola se aproximaba a mis pupilas.

La siguiente foto era de Román, tirado a los pies de la cama, su cuerpo recargado en el colchón, con el abdomen cubierto de sangre y los ojos de piedra, la mano parecía sacada del infierno. Sentí pena al verlo así, indefenso y perdido, parecía un cachorro herido y el miedo se le notaba

en la mirada extraviada. Gotas de nuestra vida desmoronada por el piso manchaban el edredón y la alfombra, se perdían debajo del buró y viajaban por toda la recámara convirtiéndola en un laberinto de sangre.

Las demás fotografías eran de la habitación, no pude definir bien los ángulos pero en ellas lo único que se entendía era que mi cuarto era un caos, mi ropa regada junto a la puerta del baño y del vestidor, mi viejo diario en el piso, los cajones revueltos, los discos y las películas como un gigantesco rompecabezas de carátulas y portadas, simples muestras de gustos musicales y de nuestra obsesión acumuladora que, vistos así, no significaban nada mas que pedazos de imágenes absurdas junto a la baraja y el backgammon y las fichas del black jack.

La siguiente foto era del *"casquillo Beretta calibre 22"*, así estaba etiquetada con letra apresurada. La bala descansaba junto al portarretratos de nuestra foto de bodas en mi buró. Había otras imágenes que no entendí muy bien (y que pasé sin ver detenidamente) una era de algo parecido a la caja de fusibles, otra de una chapa rota y las demás de manchas de sangre que brillaban en el lavabo del baño y en el mármol blanco del pasillo.

El informe estaba sucio de sudor, señal de que había sido leído varias veces por diferentes manos, posiblemente las mismas que habían subrayado las frases que brillaban. Los pasos en el corredor me obligaron a centrar mi atención en ellas:

"La mujer recibió un disparo a quemarropa por la espalda, a dos centímetros de distancia, según las pruebas de Wolker... El balazo en el abdomen que recibió Román Rivera fue de contacto, con el arma pegada al cuerpo y en una zona sin hueso, razón por la cual no se registró marca de pólvora

debido a que en zona blanda ésta es absorbida por el cuerpo... No se encontraron huellas ni indicios de la presencia de una tercera o de más personas en la escena del crimen... En el interior del domicilio se localizaron varias cartas sin destinatario en las que el empresario manifestaba diferencias sustanciales con su mujer... El diario de Lucero Ruiz ofrece pruebas en el mismo sentido... Los cortes al cableado eléctrico de la alarma de la propiedad del afectado fueron hechos desde dentro y no desde el exterior, como originalmente se indicó... En su declaración preliminar Román Rivera manifestó que él y su esposa dormían en la recámara cuando entraron tres asaltantes, poco después de las seis de la mañana... aparente ruido hizo que se levantara su esposa... ver a un sujeto armado trató de huir... recibió un balazo por la espalda... dormido pero desperté al escuchar la detonación... recibí el disparo cuando me incorporaba para ver... El empresario no precisa en qué momento los presuntos asaltantes se apoderaron de la pistola Beretta calibre 22, ya que, supuestamente, estaba guardada en la habitación... Román Rivera llamó primero a sus parientes en vez de llamar a los cuerpos de seguridad... alteración de objetos en la escena del crimen... afirmó que la prueba de rodizonato... sometido... positivo porque tiró del gatillo cinco días antes, cuando adquirió la pistola... mejorar la protección de su hogar... sufrido una tentativa de asalto domiciliar... primero negó que la habitación estuviera revuelta... aseguró no acordarse bien de esos detalles... huellas dactilares en las habitaciones... ventanas forzadas, escaleras y todo alterado... feto refrigerado... en cuanto se hayan solicitado los permisos en las diligencias... practicarán pruebas de ADN..."

Sentí náuseas, esas últimas palabras tuvieron la contundencia de golpes. Las puertas de los tímpanos se abrieron violentamente y las voces de fuera se confundieron en mi cabeza con los sonidos. Las oxidadas máquinas de escribir mecánicas y burocratizadas, los motores de los obsoletos aires acondicionados, las carcajadas del jefe aproximándose, los lamentos de las golpeadas, las quejas de los albañiles heridos sin derecho a seguro médico en la construcción, los latidos descontrolados de los que se saben culpables, la respiración resignada de los lagañosos que llevan eternidades esperando una resolución, el agua goteando en un lavabo pintarrajeado, las balas entrando en la recámara de una pistola, las pisadas en un suelo pegajoso, el fuego quemando la brasa de un cigarro, las copas de los árboles moviéndose en el aire que presagiaba tormenta.

Tuve que salir huyendo de ahí sin preocuparme por las paredes rebosantes de miserias humanas, embarrándome de todo aquello que, ya, era parte de mí.

Sábado 11 de octubre

Ayer terminé exhausta, confundida. ¿Cómo puede ser que yo, Lucero Ruiz, Lucy, me haya convertido en un número, una fotografía y unas cuantas frases inconexas en un informe policiaco? Llegué a casa y me desplomé sobre la cama, sin sábanas, como una piedra. Desperté esta mañana en la que el cielo se niega a mostrar el sol y las nubes cubren el horizonte pintándolas de una angustiosa rutina gris.

La boca me sabía a cobre de sentimientos oxidados y padecidos en sueños. Me levanté con mucho esfuerzo. Apenas reconocí mi silueta en el espejo del baño. En estos dos meses he cambiado tanto que necesito verme continuamente para recordar quién soy, para decirme que no soy un expediente de la policía ni una noticia en las últimas páginas del periódico.

Hoy se cumplen dos meses desde que acabó la vida que solía tener y conocer. Sesenta días en los que me he visto obligada a poner en orden lo que siento por mí, por Román y por la gente que me ha rodeado; de ver en perspectiva lo que ha sido mi vida y cómo la he vivido. Dos meses de una existencia completamente distinta (ahora pienso que siempre fui una pálida sombra detrás de Román, un objeto de colección qué mostrar para mi padre, una fotografía enmarcada sobre el buró de mi madre).

Son apenas las doce del día...

Lo pensé toda la mañana. He pasado horas tratando de reconstruir el último día que estuve con Román, caminando por la casa y sus pasillos empolvados, pero por más que lo intento no recuerdo nada de lo que sucedió. Hoy decidí hacer un esfuerzo y traer a la memoria el día anterior al once de

agosto, luchando contra la amnesia egoísta que vive conmigo desde entonces.

El día antes de despertar en un charco de sangre, la mañana antes de las patrullas y ambulancias. El día y la noche previas. Un día tan cotidiano y normal como el cinco de marzo, el diecisiete de diciembre o el veinticuatro de abril. Uno más en la superficie, un domingo cualquiera, aunque por debajo se estuviera alineando la oscuridad.

Me desperté temprano. Román dormía cruzado en la cama con unos bóxers ridículos de corazones, que le había regalado su primo para ver si era capaz de ponérselos. Evidentemente, había demostrado su carente miedo al ridículo. Encendí el canal de noticias en la recámara y me fui a la ducha con esa compañía. Mientras me alisaba el pelo escuché de bombardeos, fraudes cibernéticos y los problemas sentimentales de una de mis cantantes favoritas (tenía todos sus discos y ahora ya no están). Me puse una blusa que mi madre me había regalado para la luna de miel y unos pantalones negros un poco ajustados que conservaba de un par de años atrás sólo porque confirmaban que mi figura no había cambiado con el matrimonio. Bajé descalza a la cocina, siempre me gustó sentir el mármol frío por las mañanas aunque mi padre dijera que era malo para la salud, y me puse a preparar el desayuno.

Román había engordado unos kilos en los pocos meses que llevábamos casados. El día que se lo dije estábamos en el club, junto a la piscina, él miraba a las mujeres pavoneándose en bikinis diminutos (que más que mostrar curvas enseñaban celulitis y estrías). Cuando los ojos se le perdían en uno de los más escasos se lo solté: "estás fofo", se molestó y sumió la panza, como si eso pudiera disimular la

gordura. No se defendió porque no había defensa posible ante lo evidente.

Quizá para evitar una pelea respetó mi decisión de desayunar sanamente, nada de cosas pesadas ni grasosas, un cóctel de frutas y un licuado. Lo llevó tan al pie de la letra que me hizo sospechar que llegando al hotel pedía algo más, seguramente huevos revueltos como los que le preparaba la sombra de su madre o un omelet especial con cada uno de los ingredientes de la carta del restaurante, porque la panza (que no existía antes de casarnos) hacía su aparición cada noche cuando se cambiaba de ropa y cada mañana antes de meterse en la ducha e iba en aumento.

Después de media hora de arreglarse frente al espejo Román bajó, mal encarado, se había cortado al rasurar y una delgada línea roja aparecía como un collar a lo largo de su cuello. Desayunamos sin hablar, esa era la tónica desde que nos casamos, yo viendo las noticias esta vez en la televisión de la cocina, él mirando su trofeo-reloj de seis mil pesos, que se había autoregalado en la luna de miel (lo compró en una joyería sin preguntarme si quería algo), lo observaba todo el tiempo, como si estuviera ante un objeto único o saber la hora fuera una cuestión de vida o muerte (ahora sé que no debería emplear esos términos tan a la ligera porque banalizan ambas cosas, la vida y la muerte).

"¿Tienes prisa?" pregunté sin ganas, sabiendo que los domingos tenía que ir al menos medio día al hotel.

"Sí, hoy llega un grupo de inversionistas... algo importante" respondió con el mismo falso interés de mi pregunta y siguió removiendo el melón y la piña, separándolas y volviéndolas a revolver, sin comer. Después de unos minutos de divagar frente al plato Román se levantó, se ajustó el

nudo de la corbata e hizo un par de llamadas en el salón. Volvió con esa cara de falsa resignación que ponía antes de partir para darme un beso al aire y desaparecer tras la puerta del garaje, cuyo sonido era más penetrante que el de las caricias y besos de mi esposo.

"Que te vaya bien" dije por costumbre, como se dice "buenos días... estoy bien... todo en orden". El motor ahogó cualquier diálogo posible entre ambos. Ahora que lo pienso no se necesitaban motores ni ruidos para impedir nuestra comunicación, era una línea muerta.

Recogí los restos del desayuno y ordené un poco la cocina. Después confirmé mi cita dominical con las ex compañeras de la preparatoria. Tomé mi bolsa y traté de encender la camioneta que Don Rivera nos había regalado en la boda, a pesar de ser prácticamente nueva se tardó en arrancar y cuando por fin se decidió lo hizo con un ruido que parecía más el de una licuadora vieja que el del coche del año que era. El portón se abrió para dejarme a la vista, sobre la banqueta de enfrente, a Irma, Pablo y Pablito que venían de la capilla del fraccionamiento (de hacer como todos nosotros, aparentar en misa que eran buenas personas). Los saludé con un toque de bocina mientras me sonreían con esa, ahora estoy consciente, hipocresía tan común en ellos y en todos. Saludos y sonrisas de plafón.

Dejé atrás el fraccionamiento en la camioneta que servía para ocho personas y que sólo usaba yo. Seguí viendo algo de las noticias del mundo pero cambié al canal de videos para manejar acompañada de la música por las avenidas desiertas a esa hora. Iba camino de una cita convertida en costumbre con la gente que tanto creía querer y conocer: Mis amigas y yo éramos un grupo de profesionistas que lo teníamos todo,

matrimonios perfectos (al menos hacia fuera); títulos de licenciaturas sin usar, que nuestros padres orgullosos colgaban en las paredes de sus estudios y presumían como logros propios (en muchos casos lo eran); casas recién construidas en residenciales exclusivos y seguros como el Montecristo (nada qué decir); tiempo libre para vernos y presumir nuestras vidas (como si dentro de nosotras no supiéramos que no había nada de qué jactarse ni alabar).

Llegué al café y ya me esperaban Adela, Tania y Samantha, sentadas en la misma mesa que ocupamos durante años. Perfectamente arregladas: Adela intentando, sin conseguirlo, ocultar la panza de ese embarazo a los diecinueve que desgració su envidiada figura, y que ahora la obliga a ir a todas partes con la carriola y la pequeña Catalina que ya va a cumplir cuatro años; Tania con las arrugas, maquilladas en exceso, de noches en vela esperando al recién casado que se inventa juntas nocturnas a los tres meses de matrimonio (yo llevo unos meses más y estoy exactamente en la misma situación); Samantha sintiéndose aún *femme fatale*, después de dos hijos (y de diez kilos de los que no ha podido deshacerse); y yo, sin atreverme a decir todavía que tengo tres meses de embarazo. Nos saludamos con besos al aire, con cumplidos que dicen todo lo contrario a lo que las palabras expresan y nos sonreímos, viéndonos, midiéndonos: sin saber siquiera por qué actuamos así.

"Qué bonita blusa, te queda muy bien". Se vería mejor en mí, en Adela no oculta su gordura.

"¿Te hiciste algo en el cabello? Te ves radiante". Tania debería dejar de teñirse de rubia y aceptar que es morena.

"Me debes pasar esa dieta que hiciste". Significa que Samantha sigue estando gorda.

Pasamos dos horas de café, quejándonos sin quejar. Dando golpes bajos cuando había posibilidad o cuando se habían recibido algunos inesperados. Sonriendo con el cortante filo de una navaja entre los dientes. Las horas se diluyen cuando una está presumiendo y destrozando a las amigas. Es curioso el tipo de amistad que uno establece cuando va creciendo, nos unimos por lazos tan débiles como un lugar en común y detrás de eso no hay nada. A veces necesitas amigos y resulta que no los tienes o pasas el tiempo con ellos pero estás más solo a su lado de lo que te imaginas.

Desde niña estuve rodeada de amigas, peinábamos nuestras muñecas juntas e íbamos de la mano al parque, nos sentábamos a organizar la hora del té, a diseñar la existencia de cada una de ellas, a planearles futuros brillantes, los mismos que deseábamos para nosotras. Ahora hablar mal es un deporte en el que nos ejercitamos buscando el trofeo de las sonrisas de papel, una moneda corriente con la que compramos desprecio y desdicha en cada acto.

Después del último de los cafés que tomé con el concejo de urracas que yo presidía, me despedí y subí a la camioneta. Manejé sin ver nada de la ciudad, sin fijarme en las construcciones y mucho menos en las personas, daba una vuelta a la derecha y otra a la izquierda de manera automática, apretaba el acelerador o el freno, dependiendo de la circunstancia, hasta llegar a casa de mis padres.

Estaban en la sala esperándome en silencio. Apenas atravesé el vestíbulo se dirigieron automáticamente al comedor, como si mi entrada hubiera sido una orden para el siguiente acto. Comimos sin hablar. Ahora que lo pienso no

hablamos mucho aquel día ni ninguno antes, el silencio era el ingrediente básico de los alimentos. ¿Desde cuándo nuestra mesa había sido una tumba? (otra vez utilizando términos que no debería) ¿Alguna vez habíamos conversado a la hora de comer? No recuerdo nada más allá de las indicaciones de mi padre sobre el comportamiento que se debía guardar en la mesa. Nunca los escuché hablar, ni mal ni bien, de los vecinos; aunque el mundo se estuviera cayendo a pedazos no comentaban las noticias; mi padre nunca mencionaba su trabajo en el hospital. Nunca se tocaron temas importantes. Alguna vez pregunté por las herencias de los abuelos y sólo recibí una mirada reprobatoria de parte de esa pareja que parecían maniquís del aparador navideño de una tienda departamental. Me había acostumbrado tanto a compartir el mutismo con ellos que al final yo tampoco necesitaba hablar. Las comidas familiares eran un ritual dominical que había que cumplir y que, pese a todo, nos mantenía unidos.

Al terminar nuestra ceremonia subí a mi cuarto. Me recosté un rato en la que había sido mi cama durante dos décadas. Limpié el polvo de mis peluches y observé las fotos de la infancia, me vi fea e inadecuada con esas absurdas trenzas que mi madre me hacía, me vi torpe con el aparato de dientes, me vi presuntuosa con mis primeros tacones, me vi elegante en mi vestido de noche de graduación preparatoriana, me vi pesada en la foto de boda y decidí salir de esa casa, que parecía más una sala de exhibición de muebles, que el hogar de nadie.

Manejé de vuelta. Román llegaría en cualquier momento, eran las seis de la tarde. Aunque las calles están llenas de posibilidades para estar solos, yo siempre iba envuelta en una extraña sensación de compañía acentuada por el bebé, por eso no me detuve a contemplar la catedral con siglos de

penitencias a sus espaldas, ni los edificios corporativos que han seducido a mi generación con promesas. Íbamos, nosotras dos, bien acompañadas, yo concentrada en el camino y mi bebé en la canción que sonaba en el estéreo.

El espacio del coche de Román seguía vacío. Cuando el portón cayó la oscuridad y la ausencia se hicieron presentes. Acomodé unas galletas de chocolate y me serví un capuchino frío, los puse en la mesita junto al sofá y me tiré en el cuarto de televisión a dejar pasar las horas. Más que esperar a mi esposo, esperaba que el domingo se terminara.

Los días no tienen ningún sentido cuando se van acumulando con el polvo y es la costumbre la que los arranca del calendario, no parecen importantes hasta que sabes que las hojas están por terminarse, cuando los tienes contados y sabes que no habrá un siguiente año. Para eso se requiere una desgracia, una enfermedad incurable o un despertar luminoso a la vida que muy pocas personas experimentan.

Yo no sabía que amanecería diferente. La rutina estaba instalada dentro de mí y pastaba a sus anchas manteniéndome siempre en la monotonía. No era la única que vivía así, alrededor las circunstancias eran exactamente iguales; en mi familia y sus silencios perpetuos; en la de Román y su padre con pose de jerarca omnipotente; en mis vecinos y sus idolatradas pantallas de plasma que los congregan en una misa masificadora que inhibe cualquier posibilidad de diálogo, exactamente igual que en millones de casas en ese momento en el que yo encendía mi televisor para dejar que las horas se diluyeran y escaparan con una película repetida hasta el cansancio. Para que el lunes fuera un lunes más, tanto como

el domingo era un domingo, ni gris ni aburrido, simplemente un domingo.

Me quedé dormida arrullada por el sonido del televisor. La noche de agosto había sumido el cielo en esa oscuridad que no permite diferenciar horas. El mecánico ruido del portón eléctrico me despertó. Román entró con esa cara de quien quisiera estar en otra parte, arrastró sus huesos hasta mí y me besó en la frente, tenía el rostro descompuesto y yo pensé que algo iba mal en el hotel:

"¿Todo bien?... ¿cómo te fue con el grupo importante?" Su respuesta tardó en llegar, como si calculara cada una de las palabras que iba a decir, cosa completamente normal en él

"Bien... todo bien... sólo estoy un poco... cansado... tengo que hacer algunas cosas". Román subió las escaleras hacia la habitación y el peso de su cuerpo pesado y abrumado se sintió en cada uno de los escalones.

Desde abajo escuché la cerradura de nuestro dormitorio. Así eran nuestros domingos, yo viendo la televisión y él acomodado en la cama con su computadora, siempre decía que había alguna cosa importante que acabar. Cuando regresamos de nuestra luna de miel empezó esta rutina. Al principio pensé que se debía al viaje, que tenía que recuperar los días de ausencia y no dije nada, pero los domingos siguientes, los cuatro del mes, tuvieron la misma tónica, alargando cada vez más el original "medio día" hasta convertirlo en una jornada completa y yo terminé por acostumbrarme sin reclamar.

(Nos habituamos a ese tipo de cosas porque dentro de nosotros no nos molestan ni nos importan, por eso no decimos nada y, en silencio, preferimos que sea así).

Comenzó otra película. La noche se había cerrado en el ventanal, el silencio del domingo era de absoluta soledad, de no ser por la llegada de Román las cosas hubieran permanecido exactamente igual de solitarias pero ahora mi esposo estaba en la habitación arreglando "asuntos importantes". Volví a sumergirme en el sueño, esta vez acompañada del llanto de una actriz que parece seleccionada por la cantidad de lágrimas que puede derramar frente a la cámara en cada una de las cintas en la que actúa. Me hundí en el sofá abrazada a mi cuerpo hasta que Román bajó y me despertó con un "vamos a la cama" carente de todo. Subí a la recámara guiada por él, era parte de nuestro guión de desidia dominical, supongo que, como siempre, eran más de las doce.

Me cambié de ropa y sentí el viento colándose por las rendijas de la ventana del baño. Román seguía vestido y al ver que yo me había cambiado, se puso la vieja camiseta que le servía de pijama, sus bóxers de corazones lo convertían en un blanco fácil pero yo estaba cansada y la broma había sido repetida demasiado, así que no dije nada y me tiré sobre el centro de la cama acurrucándome contra su cuerpo. Él seguía con la computadora encendida, la luz azulada del monitor no impidió que yo desapareciera hacia las profundidades del sueño.

A lo lejos lo escuché hablar, en esos momentos pensé que soñaba, después, gracias a los informes policíacos, me enteré que había hecho varias llamadas esa noche. No recuerdo lo que soñé, sólo ahora viene a mi memoria que sentí a Román empujándome y me moví dándole la espalda, pero él seguía empujando y justo cuando me iba a despertar para decirle que dejara de hacerlo sentí el fuego inmovilizador del disparo en la espalda. El calor penetrante de la bala quemando mi piel y

luego enterrarse en mí como un cuchillo caliente. Mi cuerpo fue directo a la alfombra y no pude hacer nada. Me quedé paralizada, sin sentido, tan suave como una oruga o una babosa en el piso.

De ahí en adelante ya no recuerdo.

Ni quiero recordar nada.